

RECUERDOS DE LA GRAN CARTUJA

(Continuación)

“A una legua de Sappey, siguiendo un camino cubierto de densa verdura, sentí una penetrante brisa que me anunciaba la proximidad de las nieves. Entré entonces en el recinto de los Cartujos y vi que escasamente anunciaba allí la primavera la vuelta de su fecunda belleza; ¡pero qué escena tan arrebatadora me rodeaba! Aunque geográficamente hablando, la Gran Cartuja no está más que á unas cuatro leguas de Grenoble, un día entero es apenas bastante para recorrer esta distancia, tan extrañamente cortada en sus mil recodos por pasos difíciles y caminos escarpados. Ya los pálidos rayos del sol en Occidente sólo dejaban caer dudosas claridades sobre los nevados picos de los Alpes; el sonoro murmullo del Guiers resonaba á lo lejos y parecía como que se perdía en los misterios de los antiguos bosques que iba yo cruzando; el melancólico canto del picaflo saludaba la hora de la tarde; aquella vaga armonía, que es uno de los más poderosos prestigios de los sitios solitarios, la majestuosa calma de los bosques, la serenidad del cielo, cuyo azul empezaban á empañar los vapores blanquecinos del crepúsculo, el perfume de los brezos y de las flores que Dios ha sembrado en el desierto, como ha puesto la esperanza en el corazón de los desgraciados; todas aquellas grandezas de una naturaleza tan hermosa en su sublime tristura, llenaron mi corazón de sensaciones desconocidas, y cuyas poderosas realidades no acertaba yo á explicarme todavía, sentía irse apagando en mi corazón el odio y la cólera, como la llama de una lámpara cuyo pabulo se consume; y admiraba la paciencia y el espíritu de sacrificio de aquellos hombres que, los primeros, habían ido á fertilizar algunos rincones de aquel desierto. Todavía no comprendía el poder creador de la fe, pero ya algunos de sus prestigios se revelaban á mi alma, y mi inteli-

gencia se humillaba ante la mente sublime cuya obra se ofrecía á mi vista.

“A medida que iba siendo más extensa la sombra, parecíame que el armonioso silencio de las selvas iba siendo también más solemne y no podía menos de estremecerme cuando millares de voces desconocidas repetían un suspiro que se exhalaba dolorosamente de mi pecho. En aquella sonora comarca, el más leve rumor es al punto repetido por los ecos ocultos en las peñas y en los arenales, fenómeno que ocasionan los caprichosos accidentes del terreno, y que en ninguna parte produce efectos más maravillosos. El sonido de las pisadas de un solo hombre, el de su voz, parece que excita la alegría de seres invisibles que se unen á él, ó más bien pudiera decirse que el espíritu de la soledad acoge así la presencia del hombre con cantos melancólicos. Vi de pronto los medio destruídos tejados del monasterio, y el eco argentino de la campana que tocaba á la oración resonó en los aires. ¡Oh! imposible me es expresar la rápida é instantánea sensación que experimenté entonces. Una especie de estremecimiento magnético circuló por todo mi cuerpo; me puse pálido, se me oprimió el corazón y los ojos se me llenaron de lágrimas..... A pesar mío, recordé aquella dulce oración que me habían enseñado en mi niñez: *¡Dios te salve, María, llena eres de gracia!*, y aún iba repitiendo sus últimas palabras, cuando levanté la pesada aldaba de hierro del portón, cuyo choque retumbó á lo lejos en los espaciosos patios del monasterio.

“Los estatutos de San Bruno prescribían á los Cartujos la hospitalidad con los peregrinos, como un deber sagrado, y que siempre habían cumplido antiguamente con rara liberalidad.

El hombre, pues, fuese quien fuese, que iba á llamar á la puerta, que para ellos todos los hombres eran iguales, era recibido con piadoso afecto á todas horas del día y de la noche, en todas las épocas del año. Los hermanos observaban el más riguroso silencio; no abrían la boca más

que para rezar, y las únicas palabras que podían pronunciar iban dirigidas á Dios; pero los hermanos legos, cuyos votos no eran más que provisionales, y que compraban con laboriosas pruebas la esperanza del noviciado, estaban encargados de difundir los beneficios de la Orden, y comenzaban de este modo, por medio de la caridad, la vida de meditaciones y de austeridades á que iban á consagrarse.

“Pero en la época á que se refieren estos recuerdos, despojados de sus antiguos bienes, viviendo de limosnas y expuestos á todas las privaciones en una casa que más parecía una ruina que la cuna de su Orden, los Padres Cartujos no podían cumplir el voto de hospitalidad. ¡Extraña ligereza del corazón del hombre! Un momento antes, vivamente conmovido á vista de las grandes escenas de la naturaleza, sometido á la religiosa influencia de la campana, cuya simbólica voz anuncia la llegada y el adiós de los cristianos á este mundo, yo estaba dispuesto á los más nobles sentimientos: las observaciones del hermano lego, hechas, sin embargo, con angélica dulzura, tal vez la vista de su pobre hábito que, en mi extravío, yo estaba acostumbrado á mirar como la librea de una innoble superstición, despertaron en mí todas mis preocupaciones. Le hablé con despecho, con insolencia..... Díjele en pocas palabras el objeto de mi viaje, y le mandé con sequedad que fuese inmediatamente á anunciar mi llegada al Padre Procurador. Cruzó el hermano los brazos sobre el pecho, bajó los ojos al suelo y quedó un momento en silencio: era un mancebo robusto y vigoroso, y sin duda que, en aquel momento, recordándole mi altanería y mi dureza el mundo de que acababa de salir, pedía á Dios que me perdonase, y sofocara en su alma el sentimiento de justa indignación que le inspiraba mi grosería. Luégo me saludó, inclinándose hasta el suelo, cogió la rienda de mi caballo, que ató á una argolla de hierro bajo un tejadillo dispuesto con sencillez, y que servía interinamente de cuadra y de cochera; en seguida me hizo entrar en un locutorio, y se fue. Hasta en-

tonces yo había estado con mi sombrero puesto; la manse- dumbre y la resignación de aquel religioso me hicieron sonrojar de mi desatención, y me descubrí al entrar en aquella salita, reparada á la ligera, cuyo principal ornato era una cruz de madera.

“Un momento después llegó el Padre Procurador, anciano venerable y de majestuosa presencia: llevaba cañada hacia atrás la capucha de hábito blanco, y tenía la cabeza enteramente calva. Su noble semblante, notable por por una indefinible expresión de serenidad y de dulzura, estaba pálido y descarnado; pero su ancianidad no tenía nada de débil ni de doliente, antes bien, me pareció todavía dotado de singular vigor. Conmovíome mucho su presencia, y le saludé con muestras de profundo respeto; él se excusó con la pobreza de la orden, que no le permitía hacerme menos penosa mi residencia en el monasterio, al que era, sin embargo, muy bien venido. Dile gracias con cordial franqueza por la bondad de su recibimiento, y le expuse las órdenes de que era portador: al instante reconoció la falta que había cometido, y se declaró el solo culpable.

—Hermano mío, me dijo, los hombres deben perdonarnos, porque no hemos tenido ninguna intención de violar las leyes establecidas; el error en que he incurrido es el de un padre que viera perecer á sus hijos sin poder socorrerlos, pero no se puede castigar á toda la orden por una culpa de que yo soy el único autor. Sométome, pues, de antemano, á sufrir todos los rigores del castigo que he merecido; ya me he reconciliado con Dios, y nuestros Padres me han absuelto; sólo me falta recibir el perdón de la justicia humana.

“Muy al alma me llegaron la unción y el inefable candor con que de aquel modo se humillaba delante de mí el noble anciano. Apresuráme á tranquilizarle sobre las resultas de un incidente cuya gravedad se exageraba, y le declaré que estaba enteramente dispuesto á satisfacer

cuantos deseos me manifestase en punto á las necesidades de la comunidad, conformándome en esto, por lo demás, á las intenciones de la Administración, por todo lo cual me dio las más expresivas gracias. Continuó la conversación sobre este asunto, y particularmente sobre las voces que había hecho correr por la comarca la reaparición de la orden: se conocía que le apesadumbraban mucho, y rechazó con una elocuencia tan dulce y tan persuasiva aquellos injuriosos recelos, que no pudo quedarme la menor duda sobre la pureza de sus intenciones, y sobre el espíritu de caridad y de abnegación con que volvían los religiosos á habitar la venerable cuna de su orden. Al principio de nuestra conversación yo le llamaba simplemente *señor Procurador*; pero la admiración y el respeto que me inspiró acudieron en auxilio de mi ignorancia, porque entonces no sabía yo absolutamente el tono que el decoro exigía que tomase con él, y pronto le di el dulce nombre de Padre. Alargóme él la mano con bondad, y obedeciendo á un irresistible impulso, estampé en ella los labios con respetuosa emoción.

“Llevóme entonces el Padre Procurador á una celda nuevamente reparada, y que yo debía habitar mientras durasen las operaciones que estaba encargado de vigilar. Los cartujos duermen sobre una tarima, y no tienen, en ninguna estación, ninguna de las comodidades, ninguno de los regalos de la vida que tan necesarios les serían sin embargo, atendidas las asperezas de aquel clima y la edad avanzada de la mayor parte de ellos: aquella tarima, que parece un ataúd, está encerrada en una especie de alcoba, ó más bien armario de madera que la cubre. Pedí colchones y sábanas: el anciano sonrió tristemente, y dio algunas órdenes en voz baja al hermano lego que nos acompañaba: poco después me sirvieron una comida sencilla y frugal, de que ya tenía yo verdadera necesidad, pues el cansancio del viaje y las impresiones morales que había experimentado me habían quebrantado el cuerpo.

III

“La noche había tendido sus sombras sobre el desierto, y el silencio de la tumba reinaba en rededor de mí; pero me fue imposible gozar de ningún reposo. Levantéme y abrí la ventana de mi celda: la vista se extendía á lo lejos sobre el *espaciamento*, que así se llama una gran pradera contigua al monasterio, donde los religiosos tienen la facultad de entregarse al recreo de un paseo solitario. A mis pies se extendía un terreno sembrado de cruces de piedra sin labrar, la mayor parte derribadas por el tiempo y por la impiedad de los hombres que iban á visitar aquellos sitios durante el destierro de los hijos de San Bruno. Brillaba la luna á aquella hora de la noche sobre el melancólico valle: los conos blanqueados de las altas montañas, heridos de sus rayos, se asemejaban á lo lejos á pálidos y gigantescos fantasmas; algunas nieblas grises, vapores condensados de los vecinos torrentes, se extendían bajo mil fantásticas formas encima de las sombrías selvas; las estrellas brillaban en el firmamento; algunas bocanadas de una aura tibia y perfumada me traían de cuándo en cuándo las delicias del desierto. En vista de aquel espectáculo caí insensiblemente en una profunda y estática meditación: una turbación desconocida, pero que no carecía de encantos, llenaba mi corazón, y las lágrimas corrían en abundancia de mis ojos sin que yo pudiese darme cuenta ni de mi dolor ni de las maravillosas visiones que venían á asáltarme.

“Un ligero rumor que se hizo oír debajo de mí me arrancó á la meditación y atrajo toda mi atención. Parecióme que dos sombras, con sus blancas mortajas, rondaban al pie de las tapias del monasterio; eran dos religiosos que, arrostrando el sueño, se entregaban á algunos piadosos trabajos. Uno de ellos levantaba con gran trabajo las cruces rotas cuyos fragmentos andaban esparcidos por el suelo, y se afanaba por reunir éstos y darles su primitiva

forma. El otro, que me pareció de una edad muy avanzada, se servía de la azada y de la pala..... Al día siguiente supe que, obedeciendo á los estatutos de su orden, estaba abriendo su sepultura..... Sin duda agitaba á aquel anciano una previsión de su porvenir, porque pocos días después, y durante mi residencia en la Gran Cartuja, murió y fue depositado su cuerpo en la huesa recién abierta por sus trémulas manos.

Las sensaciones que inspiran semejantes escenas no se pueden reproducir con la pluma: es preciso contentarse con indicarlas, y renunciar á pintar su misterioso poder. ¡Oh alegrías del mundo, vanos placeres, que distraéis el fastidio y las penas del mundo! ¿Qué sois en presencia de las alegrías religiosas y de las santas ocupaciones de la vida solitaria? Allí, todo le recuerda al cristiano la vanidad de lo presente y las grandezas del porvenir, le es revelado el secreto de su destino, la inmortalidad sonríe á todos sus pensamientos de muerte; allí, puro de toda mancha, duérmese en paz en medio de sus hermanos, para volver á vivir perpetuamente en un mundo sin miserias y sin crímenes, donde se han conservado todas sus lágrimas, donde se han pesado todos sus dolores, donde el conocimiento de Dios le asegura una eternidad de inefables delicias.....

“Yo lloraba haciendo oración, y ya los pasados días de mi vida juvenil volvían á mi memoria como dolorosos sueños, y yo los sacudía arrojándolos lejos de mí como un vestido manchado. En aquel momento los sonidos de la campana hirieron los aires, y cada una de sus vibraciones despertó una voz en el fondo de mi corazón: al punto los dos ancianos se alejaron con paso lento y grave, y con los brazos cruzados: los ecos de los largos corredores repetían el ruido de las puertas que se volvían á cerrar: una repentina claridad brilló al trasluz de las pintadas vidrieras de la iglesia; y oí la armonía lejana de varias voces de hombres. Vestíme al instante para averiguar la causa de

aquel inesperado movimiento en medio de la noche, no por mera curiosidad, sino porque había en mí un pensamiento nuevo: parecíame que una mano invisible arrancaba de mis ojos la espesa venda que los cubría. Inspirado por aquel sentimiento, atravesé largos y oscuros pasadizos que me eran desconocidos, y entré en la capilla.... Los Padres y los hermanos legos estaban arrodillados sobre las húmedas losas al rededor del altar: no había entonces entre ellos ni primero ni último. El Padre Procurador celebraba el santo sacrificio, y cuando alzó la hostia todos los religiosos cayeron de cara al suelo, y se quedaron en aquella posición hasta el momento del último Evangelio.... Entonces quedé vencido; me humillé y oré con fervor.

“Pocos días después, visitando las varias habitaciones de que se compone el monasterio, entré en la enfermería. Un Padre, enfermo de un reumatismo agudo, estaba tendido sobre unas tablas mal unidas entre sí: sufría con angélica resignación, y si la ardiente calentura y los crueles dolores que le desgarraban no hubieran impreso profundas señales en su pálido y desencajado rostro, difícil habría sido creer que padecía. Acerquéme al enfermo con interés, y le hablé del doloroso estado en que se hallaba: no respondió, pero volvió penosamente los ojos hacia un Crucifijo colocado enfrente de su cama, y aquella mirada, más elocuente que cuanto hubiera podido decirme, me hizo estremecer, porque la comprendí. Compadecido de la triste situación del Padre, pregunté al lego que me acompañaba (y que era el mismo que me había abierto la puerta del monasterio) si la regla se oponía á que se acostase el enfermo con más comodidad. Respondióme con suma modestia que no, pero que todavía no había en la casa más que dos colchones y que había sido preciso quitárselos al Padre para dármelos á mí..... Al oír esto, me puse pálido de asombro y de pena, corrí inmediatamente á mi celda, cogí los colchones y las sábanas y volví á la enfermería cargado con ellos, sin sentir su peso. Ninguna ob-

servación me hizo el lego, y se lo agradecí, porque me honraba creyéndome capaz también de un sacrificio que á él le hubiera sido fácil: ayudóme á hacer la cama, y en ella colocámos al pobre religioso, que no pudo bendecirme, pues tenía los brazos paralizados: pero vi asomarse una lágrima á sus ojos, y la enjuagué piadosamente con mi pañuelo, que besé en seguida enternecido.

“He creído inútil hablar á usted del objeto especial de mi viaje; ya estaba despachado y ni aun me acordaba de él. Hasta entonces, no obstante los santos ejemplos de los religiosos, habían hablado más sin duda á mis sentidos que á mi razón: mi corazón, que sólo estaba extraviado, pronto volvió al buen camino: mis preocupaciones se disipaban, antiguas convicciones comenzaban á flaquear; pero acaso aquella reacción intelectual no debía tener en mí más duración que la de mi residencia en el monasterio. Dos días hubieran podido bastar para despachar mi comisión, y ya había pasado más de una semana, y aún no pensaba yo en volverme á Grenoble. Yo activaba los trabajos, me confundía con los jornaleros, manejaba el hacha y la sierra como un aprendiz, pero con un celo que hacía sonreír á los buenos Padres: solicitaba el favor de acompañarlos en sus paseos, y asistía á todos los oficios: así gozaba de la serenidad que reinaba en aquellos sitios, á los cuales, desde el seno de las borrascas del mundo, muchas veces he vuelto mis ojos llenos de lágrimas. Las continuas relaciones que tenían que seguir los Padres con muchos forasteros en aquel momento de renovación de su Orden, no les permitían seguir todavía exactamente sus severas reglas, sobre la cual habían recibido dispensas de su General y del Santo Padre. Así, me era permitido comer con ellos en comunidad, é imposible me sería expresar todo el encanto que para mí tenían mis conversaciones con aquellos excelentes ancianos, tan candorosos, tan instruídos, tan verdaderamente santos!.....



“El Padre Procurador me cobró un tierno cariño de que me daba muchas señales, y que siempre será uno de mis más dulces recuerdos. Permitíame que le acompañase en sus excursiones fuera del monasterio: su conversación no tenía nada de la monotonía que generalmente se cree inseparable de aquella existencia cuyos momentos pertenecen todos á alguna práctica religiosa. Era hombre profundamente ilustrado y de una amabilidad sin igual: había, sobre todo, una gracia indecible en el candor con que me confesaba su completa ignorancia de los usos de la sociedad: tenía la instrucción de un sabio y la inocencia de un niño. Una tarde, después de una correría que hicimos juntos al oratorio de San Bruno, precioso monumento de la piedad del fundador de la Orden de los Cartujos, y que, escondido en las últimas alturas accesibles de la montaña, ha resistido á las tempestades como al furor de los hombres, le supliqué recibiese mi confesión.....

“La conversión estaba consumada: una nueva vida había empezado para mí: los restos de orgullo y de duda que me agitaban se habían disipado por fin..... La bendición de un anciano me había convertido á la inocencia y al fervor de mis primeros años.

“Entre tanto pasaban días y días con una rapidez que me pasmaba: los trabajos continuaban con singular actividad, y ya la casa conventual salía de sus ruinas y tomaba un nuevo aspecto: de un momento á otro se aguardaba la llegada del Reverendo Padre General de la Orden, que en efecto llegó tiempo después. Aquel venerable anciano, casi centenario, accedió al deseo de sus hermanos; salió de Roma y pasó los montes para ir á llevar sus cansados huesos al desierto santificado por el recuerdo de San Bruno. Yo recibía continuamente cartas de la administración en que estaba empleado; mi familia empezaba á estar cuidada por mi larga ausencia; era menester tomar una resolución.....

“Una mañana, al salir del oficio, quince días después de mi llegada á la Cartuja, seguí á su celda al Padre Procurador General, quien ya había leído en la agitación de mi rostro que algún profundo pensamiento me ocupaba y que tenía algo que confiarle. Presentóme una silla y me hizo señal de que me sentase, pero yo me arrodillé á sus pies.

—“Padre mío, le dije con voz balbuciente entre sollozos, ¡no desoigáis la súplica que voy á dirigiros: salvadme! Yo necesito vivir como vos vivís, y alimentarme de vuestra palabra; vos habéis roto los lazos que me unían al mundo; soy un huérfano que os pide un protector..... ¡Oh, no me arrojéis de vuestro regazo paternal! Dignaos admitirme en el número de vuestros legos, pues aunque soy indigno de este favor, yo rescataré mis culpas á fuerza de celo y de obediencia. Aquí tenéis una carta que informa á mis padres de mi determinación..... permitidme que os suplique la hagáis llegar á sus manos.

“Callé en seguida, y dejando mi carta sobre sus rodillas, crucé las manos sobre mi corazón y aguardé en la actitud de un suplicante á que fallase sobre mi suerte. Quedó un momento en silencio, y alzó los ojos al cielo; mientras que una dulce sonrisa entreabría sus labios.

—“Hijo mío, me respondió profundamente conmovido, me quedo con esta carta y la conservaré en el cartulario de la orden. ¡Loado sea Dios, por la merced que os ha hecho abriendo vuestros ojos, fascinados por la pérfida sabiduría de los hombres! Pero yo le debo cuenta de las almas que me confía, y la suerte de la vuestra me interesa mucho. Id, hijo mío querido, volved al mundo, donde todavía os aguardan pasiones é infortunios..... No lloréis, hijo mío, antes bien regocijaos por haber recibido armas para pelear, porque de vos depende conservaros puro y sin mancha en medio de las seducciones de la vida á que vais á volver, con lo cual seréis más digno del sacrificio que queréis hacer á Dios. Si de aquí á cinco años persistís

aún en las mismas intenciones, si el mismo voto persevera en vuestro corazón, volved á nuestro pobre monasterio: todos os abriremos nuestros brazos con dulce júbilo, y no os recibiremos entre nuestros hermanos legos, pues ya habréis hecho vuestras pruebas, sino que ceñiremos el hábito blanco de los novicios..... Id, hijo mío, siempre estaréis presente en mi memoria, y creed firmemente que no os olvidaré en mis oraciones.

“¡ Al día siguiente salí del monasterio ! ¡ Ah ! No engañó al santo anciano su previsión paternal : me he quedado en el mundo, donde estoy ligado por sagrados deberes, donde Dios me ha impuesto otro destino !

“¡ Felices y venerables moradores del monasterio que visité en mi juventud ! estas palabras, llenas de mi gratitud y de mi amor hacia vosotros, nunca llegarán á vuestro sereno asilo : nunca sabréis cuán tierno y piadoso recuerdo he conservado en mi corazón, de las santas lecciones que me habéis enseñado !..... No he podido consagrarme á vosotros, no he podido volver á respirar las brisas del desierto ; pero en medio de las desgracias que han marchitado mi juventud y que pesan todavía sobre mi edad madura, muchas veces ha volado mi espíritu á vuestro sosegado retiro, y he sobrellevado con más valor las largas miserias que me han abrumado, pensando que alguna vez me habéis recomendado al Dios que os bendice, y que hablabais de mí en vuestras oraciones.”

(Del *Aguinaldo Religioso del Correo de Caracas*).

~~~~~

## EL XMMX

COMPOSICIÓN PREMIADA CON LA FLOR NATURAL EN LOS JUEGOS  
FLORALES DE SALAMANCA (ESPAÑA)

### I

Yo aprendí en el hogar en qué se funda  
la dicha más perfecta,  
y para hacerla mía,